EN LA CONFITERÍA DEL GAS Y OTROS CUENTOS

CÉSAR AIRA

YARUMO LIBROS

CÉSAR AIRA

En la Confitería del Gas y otros cuentos

© de “En la Confitería del Gas”, César Aira, publicado originalmente en 2021 por Ediciones LUX, Argentina
© de “El Té de Dios”, César Aira, publicado originalmente en 2010 en la revista *Playboy*, México
© de “En el café”, César Aira, publicado originalmente en 2011 por Belleza y Felicidad, Argentina
© de esta edición, Yarumo Libros, 2023

Diseño de páginas internas: Martha Cadena
Diseño de tapa: Juan Manuel Betancourt
Ilustración de tapa: Mina Visual
Logo de Yarumo Libros: Óscar Achury

ISBN: 978-628-95200-4-0
ISBN (*ebook*): 978-628-95200-5-7

Primera edición: abril de 2023
Impresión: DGP Editores S. A. S.
Producción de *ebook*: eLibros Editorial

Hecho en Colombia - *Made in Colombia*

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin autorización expresa del editor.

Contenido

En la Confitería del Gas
El Té de Dios
En el café

César Aira

En la Confitería del Gas

Una tarde de domingo, en la Confitería del Gas, la orquesta de señoritas desgranaba desde el palco melodías tristes sobre un público en general de mediana edad, de sostenida conversación. Señoras de sombrero, caballeros de levita, copetines, visillos. El bronce dorado de las arañas producía chispazos en los espejos que se sucedían entre columnas. Algunos curiosos miraban por las ventanas, tratando vanamente de identificar al dueño del primer De Dion Bouton que circulaba en Buenos Aires, estacionado entre los landós y custodiado por un chofer con aires de importancia. No lo habrían ubicado porque al entrar se había quitado el capote, la gorra y las antiparras, que descansaban sobre una silla mientras él lucía un impecable traje claro y un fino bigote de conquistador. Desenvueltos saludos al transitar entre las mesas, damas con sobrepeso a las que el interés social volvía livianas como globos de helio, y el té con masas. Una bella jovencita con su mamá contaba los días y atraía las miradas. Un solo de violín hacía pensar en Corelli. El acento criollo de una economía agroganadera iba bien con el bombín depositado en el suelo. Sacerdotes de este ritual, los mozos con delantales hasta los tobillos acudían con las bandejas, veloces, expeditivos, todos parecían contar con una experiencia de varias vidas al servicio de la distinguida clientela. Las falsas columnas de la pared se repetían de verdad en el salón, gruesas y escaladas por guirnaldas de estuco. La melaza rígida de la pastelería vienesa, muy solicitada, salía presurosa de la cocina, y el rumor de las conversaciones las condimentaba.

En un rincón, dando la espalda a los mármoles veteados y frente a una mesita redonda y a un joven atildado, reinaba el famoso escritor consagrado. Su amplio volumen enfundado en levita de alpaca, plastrón blanco nieve y Legión de Honor a la solapa se coronaba con una importante cabeza sobre la que se alzaba una pavorosa peluca negra de la que escapaban las puntas de las orejas, rubicundas. Negro era el bigote, negras las cejas

frondosas bajo las que ardían las pupilas. La piel del rostro, a la que la edad aflojaba, era pálida, lechosa, con diminutos granitos rojos. Las manos, gruesas y rojas como si toda la sangre del cuerpo fuera hacia ellas; y quien supiera (¿quién podía no saberlo?) que esas manos habían empuñado la pluma que escribió tantos libros memorables, no podía asombrarse de que lucieran como lo más vivo de una estructura que ya empezaba a verse algo cansada. La que transportaba a los labios de su dueño el lento cigarro mostraba en el anular el gran rubí oscuro engarzado en plomo negro; en la que se demoraba, sobre la mesa, alrededor de la copa de anisado, un diminuto diamante en el meñique.

Atendía al diálogo con su interlocutor del momento, pero su atención se extendía como una mancha de aceite, igual de lenta y pegajosa. Era como si estuviera metido en todos los espejos, y la calma con que los habitaba sugería un conocimiento profundo de todos los pasadizos del cristal y el azogue en las grandes lunas. Su figura rotunda era fácilmente reconocible. Además de los que habían tenido trato directo con él en los muchos tramos de una larga vida ocupada, lo habían visto en los dibujos de Cao, en la *Caras y Caretas*, en las fotografías siempre confiables de *La Prensa*, y se hacían un mundo de estar compartiendo la sosa tarde del domingo porteño con un gigante de las letras. A él, la vanidad no lo cegaba; al contrario, le aguzaba la vista. Sus pupilas ensombrecidas por la experiencia eran el eje central de su sistema nervioso, contaminado por la imaginación. En su caso, la alfombra mágica sobre la que volaba el genio era de agua, una fina capa texturada de agua cristalina, y en sus figuras islámicas se reflejaba él, tal como se encarnizaban en su figura los caricaturistas.

El joven escritor que tenía enfrente, envarado en su trajecito oscurísimo, bebía las palabras del maestro mediante repentinos silencios. Constituían esa pareja tan característica en el campo cultural: el que ya lo había escrito todo, y el que todavía no había escrito nada. La conversación no tenía mucho material sobre el que progresar, pero desde que había ocupado su sitial de ver y ser visto eso no le preocupaba. Respondía con distracción a las preguntas del chico, a quien se le atragantaban las palabras en la leche merengada, y postergaba el deber social de hacerle alguna

pregunta él a su vez. No había mucho sobre lo que pudiera interrogarlo. Si había terminado sus estudios. Si sus padres aprobaban su interés en las Letras. Si su abuela doña Agustina había vuelto de París. Qué tediosa, comparado con esa cara imberbe de bebote grande, la pureza de la mirada. Por suerte seguía dándole charla, con el encantador desparpajo de los tímidos.

—Mire joven —le dijo contestando unos confusos elogios—, nunca he tenido la jactancia de sentirme incomprendido.

—¡Pero no se preocupe, Maestro! Eso viene de los sicofantes de Rodríguez Larreta.

¿Qué era lo que venía? Había perdido el hilo, felizmente. Se llevó el habano a la boca. Su rostro indiferente al otro lado de las sucesivas cortinillas de humo avanzaba como la proa de un buque de guerra en tiempos de paz. Las Margaritas de Sosa lo saludaron al pasar. Devolvió la cortesía encuadernada en el marroquín de los tomos de sus Sinopsis.

Como los egipcios, el cuerpo de frente, el rostro de perfil. Poco más y podía decir que conocía a todos los presentes. Estaba cansado de conocer gente. Como un mobiliario en desorden apilado en el salón destinado a recibir las visitas. Sus admirados autores franceses hacían gala de ropavejeros crustáceos escribiendo sus memorias; el carácter austero del hombre del Plata no condescendía a esas expansiones: las sillas seguían con las patas para arriba, el viento de medianoche abría y cerraba las puertas del ropero, y las ruedas de la bicicleta giraban en el aire con su rumor característico. Ahí sólo faltaba la corona fúnebre.

Exhaló. La pícara farmacéutica que había sido su amante. El inquilino de los tiempos románticos.

—¿Cómo dice?

Estaba considerando la posibilidad de otra cosa. O no. Masas vienesas sobre discos de plata. La vieja nota del violín, las vetas del ritmo, la insistencia. Las masas crujían bajo las poderosas dentaduras de las señoras. El té le cedía al chocolate que humeaba en tazas de tamaño importante, con el sello del Gas. Las que decían cuidar la figura explicaban por qué se permitían la excepción a su régimen estricto, y debía de ser eso lo que llevaba a

un nivel tan alto el volumen sonoro del salón. Su atmósfera amarilla vibraba, la música era un silencio incrustado a presión en el ruido. Los sombreros de las damas se balanceaban con un movimiento diferente según se tratara de la risa o la sorpresa simulada por la información que se estuviera comunicando. Un chillido improcedente podía ser un saludo o un llamado. En general esas señoras se lo permitían todo, dentro de los límites de lo conveniente. Los mozos de blanco, entre las masas negras de la clientela, circulaban portando las bandejas plateadas como escudos; reflejaban la luz blanquísima de los quinqués modernos a los que el establecimiento debía su nombre, y su fama. La caoba y el bronce, como dos hermanos de distinta madre se disputaban la herencia de un tío rico que acababa de morir: la oscuridad. El treno anacrónico partía del balcón de las noviecitas tristes de la música. Se repetía entretanto la mecánica de los recién llegados ubicándose en las mesas nuevas. En el techo, los ángeles antiguos contemplaban la procesión inmóvil. La gema con luz interior en el centro del domingo gris de la Buenos Aires de los sueños. Se habían puesto “en las manos de Dios”. Todos aspiraban a ser recordados, bien o mal pero firmes como imágenes, con sus mejores atuendos, recortados, medallas, en la atmósfera amarilla de la confitería de moda.

Como casi siempre, el gran escritor, quizás sólo por el hecho de serlo, se sentía perfectamente satisfecho con lo que le estaba pasando. No sospechaba que muy pronto, en cuestión de minutos, tendría una revelación que daría al traste no sólo con su visión de sí mismo sino con muchas otras cosas, la Confitería del Gas incluida.

Todo había empezado con el paseo por la calle Florida. La idea: tomar aire, hacer ejercicio. Su pesado corpachón, la caña de malaca, el bombín, la resuelta etiqueta del ocio dominical. La señora Anita en su té con piano, él desocupado. El tercer conocido con el que se paró a hablar resultó ser este jovencito, cuyos padres eran parientes de parientes, y al que se lo había encontrado en las Conversaciones de la Biblioteca. Aun sin haberlo sondeado, sospechaba que era de esos jóvenes que leían todo, y se hacían un punto de honor de saberlo todo. Se los podía perdonar porque

eran como las florecillas del campo. De una ingenuidad refrescante. Sin pensarlo mucho lo había invitado a acompañarlo a la Confitería.

Le dirigió un saludo a la señora del Tesorero de la Contaduría General (Azucena) con la que había tenido un noviazgo no declarado cincuenta años atrás, para terminar casándose con la primita de ella, Rosario, que lo dejó viudo en un santiamén. Al saludo le siguieron varios más. Se preguntaba por qué esas damas ociosas, que se pasaban el día hojeando la *Ilustración* y tomando mate a escondidas, abarrotaban la Confitería del Gas los domingos cuando podían hacerlo cualquier día de la semana y tener todo el local para ellas, vacío y tranquilo. En fin. No las criticaba porque él hacía lo mismo, y sus días no estaban más ocupados que los de ellas. De hecho, si charlaba con este joven admirador no era más que para tener una excusa con la que quedarse un buen rato mirando a la gente con la mente en blanco. Si se sentaba solo corría el peligro de que lo abordara un pelmazo de los que abundaban.

—¿Doña Anita?

—Bien, gracias.

Su segunda esposa recibía la sombra de su fama. Cuánta gente anónima llenaba el mundo. Pero de esa gente estaba hecha la melodía de la conversación. Las comas eran importantes para la cadencia, a la que él por formación profesional (se negaba a llamarla deformación) era muy sensible. Tenía estudiada la atmósfera de la Confitería del Gas. Elegía una mesa en el extremo opuesto al palco de la orquesta. El Gas epónimo se cargaba con el rumor de las conversaciones, y las melodías de las señoritas le llegaban como recuerdos. Eran recuerdos, como tales se ofrecían. Su ubicación le permitía verlas encuadradas detrás de los espejos.

Fue entonces que sucedió. Mientras exteriormente parecía que estaba disfrutando de sus logros, y la fama que hacía que se le dirigieran miradas desde todos los rincones de la confitería, y de su buen pasar y salud y del anisado, se había embarcado en una ensoñación pesimista.

Su vida había sido la Literatura, y de pronto la idea de la Literatura que le sugerían unas palabras que había soltado su

acompañante (“fantasmas…”, “piratas…”) se volvía otra, y, para él, alarmante. No quería hacer comparaciones triviales, como decir que un carpintero que hubiera dedicado su vida a la carpintería, descubriera en su vejez que el oficio que lo habría hecho feliz y en el que habría hecho fortuna era la herrería. Esa comparación, o cualquier otra, no servía, porque la Literatura era por definición la actividad incomparable con todas las demás actividades del hombre. Además, haciendo la Literatura que él había hecho había ganado fama y fortuna, y no podía pedir más satisfacciones internas que las que le había dado; no tenía por qué lamentar no haberse dedicado a otra cosa. Si se alarmaba era porque vislumbraba otra forma de hacer Literatura, y aunque en realidad no sabía si era una forma mejor y más auténtica, la visión que se hacía de ella lo exaltaba con un sentimiento que nadie habría sospechado en él. Un sentimiento de juventud.

Era el joven sentado frente a él, su conmovedora ignorancia, sus balbuceantes proyectos, los que despertaban en él esa idea, que se definía con fuerza abrumadora, tomando contornos precisos en su mente, condensando de pronto el magma de las ideas. El chico le había hablado de un libro, o dos, o tres, que estaba planeando escribir, y por la descripción que le había hecho, y que él había oído como quien oye llover, dedujo que nunca los escribiría o que, si lo hacía, serían inanes, apenas despojos de sus proyectos. No tanto porque estos fueran malos, como quizás ningún proyecto lo es del todo, sino porque para hacerlos realidad se necesitaría talento. ¿Y de dónde sacarlo? En Literatura el verdadero talento, que es el grande, era algo sobrenatural, era una quimera creer que podía darse en ti o en mí.

Con benévola hipocresía lo había felicitado por su vocación, lo animó a trabajar, a darle uso a la energía que sentía en él. Los lugares comunes de siempre, que al fin de cuentas era lo que el joven esperaba oír. Al decirlos le volvían, desde el fondo aterciopelado de su distracción, las fórmulas en las que el joven cifraba sus esperanzas de asaltar la ciudadela de las Letras: “fantasmas…”, “piratas…”, “camellos…”.

Calló, inundado por el pensamiento. ¿De dónde le podían haber venido esas ideas a este chico? De los libros, evidentemente.

Por su parte, no pudo seguir diciendo ni siquiera lo más fácil de decir, que eran los lugares comunes. Una inmensa tristeza lo sobrecogió, la tristeza asociada al tiempo. No es que no tuviera experiencia de ella: no había hombre que entrado en los años finales de la vida no sintiera esa nostalgia de la juventud, de lo perdido. Él también la había sentido, aunque siempre en el tono estoico que correspondía al caballero y al hombre de cultura. Pero quizás su estoicismo se debía a que la idea de la fugacidad de la vida nunca se le había aparecido muy clara, como si él mismo se hubiera ocupado de darle contornos difusos, una cierta iridiscencia poética, seguramente para protegerse. Nunca habría sospechado que los dolorosos contornos se precisarían dentro de la cuestión literaria.

Resumida a su expresión mínima, la idea fue la siguiente: el joven que quiere ser escritor lo quiere por haber leído, y generalmente cuando ha leído lo ha hecho en exceso, con el generoso entusiasmo del niño, está lleno de Literatura, y es eso lo que pondrá en lo que escribe. Pero "eso" no es poca cosa: es Literatura. No la experiencia de la vida, que no la tiene por el simple hecho de que todavía no ha vivido. En todo caso la tendría si fuera pobre, pero el joven lector nunca es de familia realmente pobre. En ese momento mágico, todo Literatura y nada de experiencia, es cuando se produce el milagro de la obra maestra nueva, el mito glorioso de lo Nuevo.

¿Cuál era entonces el motivo de su tristeza? Simplemente que no lo había hecho él. Había estado tan intoxicado de lecturas como todo joven lector puede estarlo, pero había sucumbido a la vida. Había amado, había tocado con las manos del cuerpo el fruto del deseo, había conocido al hombre y al mundo; de todo lo cual había hecho el tesoro de su experiencia. Tesoro opaco, por real, que había aplastado las ondas irisadas, tan frágiles, de la Literatura.

La cuestión se daba más o menos en estos términos: la Literatura se le presenta al joven lector como el campo de las transformaciones, en el que reina la lengua, con todas sus magias, libre de los condicionamientos de la realidad. Reina el pensamiento, en el juego infinito de su materia, que es la palabra.

La experiencia de la vida empieza muy pronto a enturbiar ese cristal. El juego sublime se vuelve el juego de todos, porque todos viven lo mismo, aun creyendo ser distintos.

¿Pero cómo evitarlo?, se preguntaba. La experiencia no era algo optativo. ¿Acaso había que evitar vivir para escribir? Quizás una intuición en ese sentido había llevado a muchos escritores a vivir en la soledad, en un sedentarismo patológico, encerrados, timoratos. No era su caso: él había creado una familia numerosa, y había viajado por el mundo y mantenido una intensa vida social. Tal como lo veía en retrospectiva, era como si se hubiera propuesto acumular montes de experiencia vital para aplastar mejor y más definitivamente a esa Literatura libre y alada que vio durante un instante cuando era un colegial.

Era inevitable. Ahorrarse, llevar una vida monástica para preservar en su pureza el latido literario era mezquino, además de que no aseguraba nada. La sordidez de la experiencia terminaría imponiéndose de todos modos. Y si alguien, por ejemplo él, pretendía neutralizar la experiencia en el momento de mojar la pluma en el tintero, y escribir “como si” no hubiera vivido, estaría haciendo un patético pastiche. No había nada que hacerle. La Literatura estaba condenada, sus maravillosos tesoros seguirían ignorados por siempre. Quizás la obra de un adolescente genial, una vez por siglo, permitiría vislumbrar, como la punta de un iceberg, esos tesoros, pero sólo para alimentar la nostalgia.

25 de febrero de 2017

El Té de Dios

I

Por una vieja e inmutable tradición del universo, Dios festeja Su cumpleaños con un suntuoso y bien provisto Té al que acuden como únicos invitados los monos. Nadie sabe, ni podría saberlo en esas regiones intemporales, cuándo nació esta costumbre, pero se ha vuelto una efeméride en el gran año del Todo, se la espera como a una fatalidad, parece que no va a llegar nunca, pero llega, puntual, y el Té tiene lugar. Se dice, y es bastante verosímil, que originalmente su razón fue negativa: no se habría tratado tanto de invitar a los monos en tanto monos, sino de no invitar a los hombres. Los monos son un sarcasmo, una especie de desaire del Señor, deliberado y rencoroso (en el mejor de los casos: irónico), a una humanidad que Lo defraudó. Es muy probable. Pero una vez que empezó a funcionar de esa manera quedó aceptado al modo de una tradición ancestral, sin un sentido claro pero con el absurdo diluido o asimilado en la contundencia del hecho.

Las tradiciones no pueden extraerse de las sociedades que las crearon. El complejo de tradiciones de una comunidad funciona como su Gran Simpático. Suelen ser bastante irracionales, porque los elementos históricos que las constituyeron se repliegan en el tiempo a una red de causas muy intrincadas, que ni la más atenta reflexión alcanza a desentrañar. En el caso del Té de Dios debería ser más fácil, porque se trata de una tradición del Universo, es decir que no hubo nada particular o histórico en su origen, no hubo un entramado casual sino el mero gong del absoluto. Pero, fácil o difícil, su origen y razón de ser siguen en la sombra, quizás simplemente porque los teólogos no se lo tomaron en serio, o

temieron perder credibilidad ocupándose de semejante frivolidad grotesca.

Cabe una aclaración, con todo: no es un hecho natural, como el deshielo o el eclipse o la migración de los patos. Es un acontecimiento social. Podría no suceder, si al Dueño de casa se Le antojara no dar el Té la próxima vez. Hasta ahora, la costumbre sigue vigente, y lo más probable es que persista por toda la eternidad. Hasta Él respeta las viejas tradiciones establecidas, quizás por inercia nada más.

Como toda ocasión social, ésta tiene sus formalidades. La primera, un verdadero *sine qua non*, es el envío y reparto de las invitaciones. (Esto también podría ser distinto. Alguna vez, en una hipotética sentencia de absolución o conmutación de penas, los invitados podrían ser los hombres). Van cursadas "a la evolución", y llegan automáticamente al instinto de los monos, como un timbrazo. Las manda todas juntas, en bloque, y no sería imposible que la maniobra se limite a la emisión divina de la palabra "monos". Con eso basta para que todos los interesados sepan que ha llegado la fecha.

Pero ¿qué fecha es ésa? ¿Cuándo cumple años el Creador increado? En cualquier momento. Podría ser hoy. Salvo que "hoy" podría ser un lapso de innumerables eones o una porción de microsegundo, según el plano en que se encuentre, pues Su universo es un rompecabezas de días, horas, meses, siglos, todos de distinta forma y tamaño, encajados en un poliedro que no se termina nunca, y en sus caras conviven auroras, medianoches, vacíos, llenos, fines y principios. Claro que Quien creó el tiempo tiene derecho a festejar la llegada de Su aniversario, si se Le antoja. Aun así, "el cumpleaños de Dios" suena raro, y la ligera extrañeza que produce al oírlo es la responsable de lo raro del asunto.

II

Más que raro, imposible: el desarrollo imposible de un *five o'clock tea* que sucede fuera del tiempo, en una pura invención fabulosa. Si hubiera un testigo, vería un puro frenesí de movimiento insensato. Los monos no pueden estarse quietos. Se agitan como poseídos, en sus sillas y en las ajenas. Cambian de lugar todo el tiempo, no se quedan en su sitio más que un instante y ya los atrae el siguiente, se meten donde hay un hueco, y siempre lo hay porque los otros también se desplazan. Están poseídos, realmente, poseídos por un entusiasmo sin objeto, como si entendieran que por un rato disponen de la eternidad para hacer de las suyas, y no quisieran desaprovechar la oportunidad. Saltan sobre la mesa, en diagonales vertiginosas, vuelcan las tazas, hacen saltar cucharitas y tenedores, sus pisotones dispersan las masitas, las colas barren la crema de las tortas y quedan manchadas. ¡Qué les importa! Las caras, las manos, el pecho, están pegoteados de dulce, té, migas, chocolate. Las tacitas de porcelana en sus dedos torpes estallan y el té los quema, cosa que remedian echándose encima la leche fría. Las peleas son constantes, siempre encuentran un motivo y si no lo encuentran les da lo mismo y combaten igual. Por momentos parece un campo de batalla: se bombardean con los cubitos de azúcar, se escupen la mermelada, se tiran a la cabeza la bandeja de escones. Siempre hay uno que se pone a salvo colgándose de la araña, hasta que se distrae y se suelta y entonces se estrella en medio de la mesa con gran destrozo de vajilla y dispersión de golosinas. ¡Y cómo chillan! La disonancia es tan ensordecedora que no dejaría oír a una sirena de bomberos.

Haciendo uso de Su omnipotencia, Dios sirve el té en todas las tazas al mismo tiempo. Ya que está, reintegra algunas de las cosas rotas. Por supuesto, en semejante circo Sus buenas intenciones resultan en un estímulo adicional al caos, le dan una velocidad

que no tendría en el decurso natural de las causas y los efectos. El cataclismo se hace tan inextricable como un hilo de un millón de años luz de largo completamente enredado.

Y sin embargo, es como si hubiera un orden porque en cada Té que da Dios pasa lo mismo. Cada brinco, cada mancha en el mantel, cada trayectoria de rebanada de tarta de frutilla arrojada de una punta de la mesa a la otra, se repite exactamente como fue la vez anterior y como será la siguiente. Es una identidad. No habría que asombrarse porque, al fin de cuentas, todo hecho es idéntico a sí mismo.

Esta identidad explica que el festejo siga repitiéndose. Sin ella, es dudoso que Dios hubiera vuelto a invitar a los monos a su Té después de comprobar la primera vez el desastre que podían hacer y lo mal que se podían portar. Pero cediendo la iniciativa al automatismo de lo igual, la repetición pierde todo riesgo. Los malos modales de los invitados se vuelven una configuración dada de la realidad, como un paisaje. Habría que preguntarse, empero, si los modales están sujetos a la evolución. Desprendidos uno a uno del bloque apocalíptico en el que se manifiestan durante el Té de Dios, aislados como signos, quizás podrían embarcarse en una historia, y al cabo de una cantidad de siglos o milenios llegaríamos a ese espectáculo inaudito, divino, de una asamblea de monos sentaditos alrededor de una mesa levantando la taza con una mano, el meñique apuntando a la nada que los rodea, limpiándose la comisura de los labios con la servilleta, modosos, formales.

III

El problema del mal comportamiento puede deberse al hecho de que Dios no preside la mesa. Mejor dicho, preside y no preside. Como bien sabemos, Dios está en todas partes, lo que Le resulta muy práctico a los efectos de Su función, pero tiene el inconveniente de impedirle estar visible y manifiesto en un lugar determinado, por ejemplo sentado a la cabecera, imponiendo orden. Su ausencia (si Su presencia fuera una ausencia) podría ser considerada una descortesía que daría licencia a todas las descortesías subsiguientes de sus invitados; en efecto, un anfitrión impuntual que no asiste a su propia fiesta está autorizando a sus huéspedes a comportarse como les dé la gana (versión doméstica del famoso "Si Dios no existe, todo me está permitido"). Una perspectiva más ecuánime debería hacernos entender que lo suyo es una forma trascendental de la actitud solícita del perfecto dueño de casa, que "está en todo" para asegurar el bienestar de sus invitados: que platos, tazas y copas estén siempre provistos, que las vituallas sean de la mejor calidad, que se equilibren salados y dulces, fríos y calientes, que la iluminación y la temperatura sean los correctos, que el mantel esté bien planchado y sin olor a naftalina, que la conversación no decaiga ni se susciten temas inconvenientes. ¡Hay tantos detalles que tener en cuenta! Sólo Dios podría.

Con un acto de presencia Él podría poner coto a la barahúnda, pero si estuviera en un lugar dejaría de estar en otros y traicionaría Su esencia. Así que uno de los monos asume Su figura visible. Es el Rey de los Monos, personaje legendario en cuya existencia real nadie cree, y con buenas razones: sólo existe mientras dura el Té de Dios. Hace lo que haría Dios si se encarnara, pero lo hace como la caricatura deformada que es. Parado en la silla a la cabecera de la mesa, gesticulador y chillón,

infatuado con una majestad impaciente y fantástica, reparte trompadas y patadas, se desgañita, arroja todo lo que tiene a mano, y en su afán de poner orden termina siendo el más alborotador de todos. A veces la energía lo enajena tanto que es él quien empieza una nueva pelea o promueve una nueva oleada de destrozos, que después se empeña en castigar con más violencia. Su autoridad no es cuestionada por sus congéneres (lo que no significa que produzca mucho efecto) por un atavismo que se diría imbuido en la luz de la razón divina. En efecto, podría aducirse que si el Comando Supremo está difundido en todo, también lo está en el Rey de los Monos, y hasta podría sostenerse que en él está más que en otras partes, sin afectar la igualdad del reparto. La personificación de Dios, por causal y automática que sea, pone en movimiento una Voluntad, y la Voluntad queda fuera de todo cálculo y especulación.

Es el que más grita, y el que grita más alto. Se anticipa a la invención del altoparlante. Querría tener mil brazos, para abofetear a todos los comensales al mismo tiempo; con los dos que tiene se las arregla bastante bien, a fuerza de saltos sorpresivos y una movilidad incesante. Supera sus propios límites físicos, aunque los monos naturalmente son de una agilidad extrema. Es como si fuera pura mente, y su mente es retorcida y perversa, resentida y sádica, enferma de la enfermedad del poder. Como tantos, “se cree Dios”. Se encarniza con los monos más tontos e indefensos, con los tímidos sobre todo, que son los menos: les asperja los ojos con limón, les hace meter la punta de los dedos en el té hirviendo, les tapona las orejas con confites, la nariz con mermelada, les mete cucharitas de plata en el ano… En las pausas, traga litros de té, para alimentar su furia sin causa. Ese té debe de tener algo.

IV

Una vez irrumpió en el famoso Té de Dios un ser extraño. En general, cuando alguien se introduce de contrabando en una reunión a la que nadie lo invitó trata de pasar inadvertido, de no llamar la atención, de hacerse pequeño o mimetizarse. Es la lógica de los colados. No siempre funciona, y hay quienes adoptan la actitud opuesta, en la convicción de que los descubrirán de todos modos, y entonces vale más adelantarse y justificar su presencia siendo "el alma de la fiesta".

En este caso el intruso pareció adoptar la primera estrategia, para la que estaba inmejorablemente dotado por sus características naturales. Por lo pronto, más pequeño no podía ser porque era una partícula subatómica. Uno de esos fragmentos de partes de átomos que sobraron cuando se formó el Universo y quedaron sueltos y a la deriva. Recorría la nada y el todo por igual, en caída libre, sin oficio ni beneficio.

Millones de galaxias la habían visto pasar; o no la habían visto, pero ella había pasado igual. Alguien bien informado habría podido ver en ella un resto arqueológico de las dimensiones que habían dejado de existir, o un mojón errante del tiempo, o un mensajero del origen. En su cuerpecito huidizo, sobre el que no se habría podido escribir una letra ni con el pincel más fino, debía de haber sin embargo una larga historia. Se habrían necesitado los mejores ciclotrones para descifrar el diminuto jeroglífico, pero esos aparatos carísimos y los eminentes científicos que los manejaban estaban ocupados en investigaciones más importantes y de más provecho. De cualquier modo, les habría resultado difícil aprisionarla, y hasta localizarla, porque no había mapas que indicaran su trayectoria, y ella por su parte no se hacía notar. Discreta hasta lo furtivo, se escurría en silencio, se había ido antes de terminar de llegar: estaba y no estaba.

Lo mismo su itinerario: no podía decirse que fuera caprichoso, porque todas las cosas obedecen a las leyes con las que fueron creadas, pero cuando son tan pequeñas como era ella, cuando son literalmente más pequeñas que lo pequeño (es decir, están en un plano anterior al de la medida), no se puede prever por dónde van a transcurrir, ni cuándo. Para dar una idea de su tamaño, aunque es una idea que no puede pensarse, digamos que si se aglutinaran tantas de esas partículas como átomos tiene el Universo, aun así no llegarían a formar un volumen equivalente a un solo átomo.

Esta exacerbada enanez le daba una cualidad que en seres normales habría resultado insólita: no necesitaba desviarse ni chocaba con nada, porque atravesaba cualquier cosa que se interpusiera en su camino. No hay que hacer una analogía con una bala, porque no hacía agujeros para pasar; no lo necesitaba. Desde su punto de vista los cuerpos sólidos no eran sólidos. Los átomos de una piedra, que a nosotros nos parecen tan apretados, para ella estaban tan separados como el sol de la luna. De modo que fluía a través de un meteorito de acero y níquel como un pájaro cruza el cielo celeste de una mañana de primavera. Atravesaba un planeta y ni se enteraba. Con la misma fluidez impasible atravesaba un átomo. O un papel, una flor, un barco, un perro, un cerebro, un pelo.

No había puerta que estuviera cerrada para la partícula. Así que no podía sorprender que apareciera (es un decir) en una fiesta a la que no había sido invitada, o a todas las fiestas. Era el prototipo del colado. Y en sus irrupciones era infalible, imparable, elegantísima. ¡Cuántos habrían podido envidiarla! Todos los marginados, resentidos, paranoicos, devorados por la envidia en la soledad de sus casas mientras los demás se juntan y disfrutan en otra parte, en los salones iluminados del Universo. Claro que tendrían que pensar en el precio que pagaba la partícula: la disminución, la insignificancia. ¿Valía la pena, en esas condiciones?

V

Aun así, aun admitiendo que ningún ámbito escapaba a la intrusión de la pequeña vagabunda, se hace un poco difícil aceptar que también se colara en la más exclusiva de las reuniones: el Té de Dios, el legendario Té con el que Dios festejaba Su cumpleaños. Hasta para ella era un poco demasiado. No sólo porque la exclusión era la razón de ser del ágape sino porque lo regía un absoluto. Es decir, era una especie de ficción, de construcción artística, y en consecuencia cada uno de sus detalles, no importaba si grandes o chicos, sutiles o groseros, debían responder a un sentido o una intención. Y la partícula no era un detalle en un relato, no le agregaba información ni hacía avanzar el argumento: era un accidente sin contrapartida.

Pero, por otro lado, era inevitable. Porque la partícula era una entre una cantidad innumerable de partículas cayendo por el Universo. Son tantas que se suele hablar de una "lluvia de partículas", y aunque la analogía es incorrecta (esta "lluvia" sucede en todas direcciones, no tiene fin, y no moja) sirve al menos para desalentar una esperanza de control demasiado puntual en los detalles, porque nadie puede contar las gotas ni siquiera del chaparrón más localizado, ni ponerles nombre y apellido. Pues bien, siendo tantas las partículas, y tan entrometidas, ¿qué tiene de raro que una de ellas pasara también por este suceso?

Quizás no era una excepción. Nadie ha hecho un estudio sistemático del tema, porque a nadie se le ocurrió la idea, pero es muy posible que las partículas sean atraídas por las fiestas, ¿qué tendría de raro? Dicho al revés: no es imposible que las fiestas sean el cedazo natural de las partículas. (No en vano en inglés "fiesta" se dice *party*.)

Su identificación con el punto geométrico, que era la

coquetería de la partícula, hacía que su manifestación en la realidad fuera una línea, porque un punto en el tiempo siempre será una línea. Y como por una línea pasan infinitos planos en distinto grado de inclinación, a la entrada de ésta en el Té de Dios se formaba una especie de molino de biombos delgadísimos en ángulos distintos y cambiantes, por los que resbalaban los monos, caían dando vueltas carnero, se levantaban, se encontraban donde no estaban, remontaban una pendiente sólo para darse cuenta de que estaban bajando, o resbalaban por un tobogán que, para su sorpresa, subía. Al ser tantos los planos, casi nunca dos monos quedaban en el mismo, lo que no impedía las peleas, al contrario. Sus brincos se hacían multidimensionales, como si quisieran atravesar espacios que no estaban en el espacio. De pronto descubrían que el suelo que pisaban sus pies peludos era el mismo que estaba pisando otro mono en el reverso, haciendo caso omiso de la ley de gravedad. O el espacio por el que estiraban uno de sus larguísimos brazos en procura de un profiterol se estrechaba por el acercamiento de dos espacios planares vecinos, y su brazo se volvía una lámina ultradelgada. O el té que volcaban chorreaba hacia arriba, abajo, a los costados, adelante y atrás, como una estrella líquida de mil puntas. Cosas así multiplicaban su atolondramiento natural, los volvía locos, confundían el fenómeno con un parque de diversiones hecho a su medida, y entonces sí, el descontrol ganaba la partida. Se movilizaban como autómatas de funcionamiento defectuoso cargados con pólvora. Saltaban en todas direcciones, metían las patas en el té, la cola en los pompones de crema chantilly de las tortas, gritaban como en un concurso de ruido, se atragantaban, regurgitaban, se arrastraban por debajo del mantel con el imaginable desparramo de vajilla.

Era admirable que un ser tan pequeño como la partícula pudiera provocar efectos tan extensos. Daba la impresión de estar en todas partes a la vez. Por supuesto, no era así. Estaba en un solo lugar en cada momento, pero como causa, de modo que mientras ella estaba en un lugar sus efectos estaban en otros muchos, y no les daba tiempo a dejar de suceder cuando ya estaba generando nuevos planos y desparramando a los monos en nuevas configuraciones. En una causa, no importa el tamaño: causa es

causa, ya sea grande, mediana o chica. Inclusive cuando se trata de la causa de la locura.

VI

Se diría que el Té, en su barroca superposición de accidentes necesarios y necesidades accidentales, estaba completo como evento y como símbolo. El aniversario quedaba festejado, la fecha marcada (no pasaba inadvertida), si no con la pompa eclesiástica que habría podido esperarse, sí con la alegría y la energía animal, por no decir bestial, de lo primigenio y auténtico.

Pero un prurito de perfeccionismo, muy propio de Su estado y función, hacía que Dios quisiera dar una última puntada, coser un último botón, anudar la última punta del hilo. Y lo que faltaba era darle un origen a la partícula. Hacerla provenir de algo. O, para hablar con más propiedad, "haberla hecho provenir de algo". Porque era una tarea previa, lo que no debería sorprender ya que todas las tareas de Dios eran previas; la completud de Su mundo así lo requería. No representaba un problema para Él, dada Su probada desenvoltura con el tiempo y el espacio. El problema vino después, como veremos, y tampoco fue un problema (entre otras cosas, porque para Él no había antes ni después).

En efecto, el Té de Dios habría quedado incompleto sin la historia de la partícula. Porque el Té era una historia, y toda historia está hecha de historias, y si está hecha de otra cosa deja de ser una historia. Nunca se sabrá si era una debilidad de Dios, uno de esos pecadillos de vanidad que se perdonan, o si era una cuestión de lógica, pero Su anhelo era que el festejo del cumpleaños hiciera un buen relato, un "había una vez" del que todas las veces que se repetía eran ensayos de consumada perfección. No podía permitir que el anonimato de la furtiva colada se lo echara a perder.

La mitad del trabajo ya estaba hecho en la cosa: no podía ser difícil buscarle un origen a una partícula porque su nombre mismo indicaba que era una parte de algo. No había más que encontrar

ese algo, o inventarlo. Dios había hecho hallazgos mucho más recónditos, en Su larga carrera. ¡Cuántas veces había encontrado una aguja en un pajar, sólo para satisfacer los gustos metafóricos o proverbiales de Sus criaturas!

En este caso, podía ser cualquier cosa, literalmente, y más que literalmente: la partícula podía haber salido no sólo de un objeto material sino de un hecho, un lapso, una intención, un pensamiento, una pasión, una onda, una forma… Su tamaño la ponía en la rotonda primordial donde se abrían los caminos de la masa y la energía, con sus correspondientes metamorfosis mutuas. Las partículas estaban en el corazón de la acción. Lo que no quería decir que hubiera que buscar su origen exclusivamente en el principio: podía haberse desprendido en cualquier estadio del Universo, hasta el más reciente. El parto infinitesimal de la bolita entrometida podía haber tenido lugar en una incandescencia de los anillos de Alfa del Centauro, o en la sartén en la que un chino freía un huevo de paloma, en la lágrima de un niño o en la curvatura del espacio, en el hidrógeno, en el papel secante, en un deseo de venganza, en la raíz cuadrada, en Lord Cavendish, en un pelo, en el unicornio… El catálogo que Dios debía hojear, figurativamente, era por demás extenso. No era la primera vez que comprobaba que el límite de la omnipotencia era *l'embarras du choix*. Su única guía en esa gran enumeración caótica eran las palabras. En el fondo, era una cuestión de lengua. No había cosas en realidad, sino palabras, las palabras que recortaban trocitos de mundo y les hacían creer a los hombres que eran cosas. Dios no usaba palabras porque no las necesitaba, pero para sus maniobras de intervención, cuando, como en este caso, quería imponer algo a la memoria de la humanidad, no tenía más remedio que entrar en el juego lingüístico. Lo tomaba como un desafío. Para él era bastante más difícil que para un profesor de gramática, porque debía tomar en cuenta todas las lenguas, las existentes y las posibles (cada una hacía un recorte distinto, y sus coincidencias, divergencias y solapamientos, vistos desde arriba, formaban un *patchwork* complicadísimo).

En fin: tardamos más en plantear el problema que Él en resolverlo. Fue como apretar un botón, y la partícula ya tenía su

partida de nacimiento, que servía a la vez de invitación al festejo, al que volvería yendo por primera vez. Y aquí, el Creador hizo una excepción: Él, que no tenía secretos, tuvo uno. No le dijo a nadie de dónde había hecho provenir a la partícula. Y desde entonces ése es el pequeño gran secreto que recorre el Té de Dios.

En el café

Una niñita graciosa de tres o cuatro años correteaba entre las mesas, se reía, jugaba sola, se escondía de su madre, que charlaba con una amiga, respondía con sonrisas y nuevas carreras a los saludos de los parroquianos. Una pareja mayor la llamó, ella fue, el señor había hecho un barquito con una servilleta de papel y se lo regaló. Ella corrió a mostrárselo a su mamá, que lo admiró y le preguntó si le había dicho "gracias" al señor tan amable. La niñita corrió a hacerlo, y jugó con el barquito, muy precario dada la delgadez del papel, y pronto se le deshizo en las manos. Pero para entonces ya otro señor en otra mesa, éste solitario (estaba leyendo la sección de fútbol del Clarín) la había llamado y le entregó un avioncito también hecho con una servilleta de papel. Igual que antes, la niña corrió a mostrárselo a su madre, y además corrió a mostrárselo al señor que antes le había hecho el barquito, y sus gorjeos de regocijo hicieron volver los rostros sonrientes desde otras varias mesas. Qué poco se necesita para hacer feliz a un niño. Poco, pero mucho a la vez, porque esa pequeñez que lo llena de inocente felicidad le dura lo que un suspiro y debe ser remplazada por otra. Quizás adivinándolo un tercer parroquiano había empezado a plegar una servilleta, con los ojos entrecerrados y un gesto de gran concentración. Se trataba de un hombre de edad, francamente anciano, y la concentración debía de obedecer a un esfuerzo de la memoria; seguramente había hecho esto para sus nietos muchos años atrás, y ya no lo había vuelto a hacer para sus biznietos, intimidado ante la preferencia de la nueva generación por los juegos de imágenes electrónicas; en el café, al que acudía para matar el tiempo, de pronto encontraba, "servida en bandeja" podía decirse para hacer honor al sitio, la ocasión de volver a hacer feliz a una criatura con la modesta habilidad aprendida tantos años atrás. Por un momento temió que hubieran sido demasiados años, y el olvido hubiera ganado la partida, como ya la había ganado en tantos sectores de su cerebro desconectados

por la edad. Sumado a lo cual estaba la creciente rigidez de las manos, la pérdida de coordinación en los dedos, cuyos pobres doloridos huesos se torcían en direcciones poco elegantes. Pero la memoria, tenaz, encontraba un camino a través de las ruinas de la vejez, y el hombre veía aparecer ante él, temblorosa, una muñequita de papel delgado y casi transparente, ondulando en su esencial desarticulación. Nada de esto le importaba a la niña, contenta con que le hicieran un regalo, al que había acudido como guiada por un sentido especial. La muñeca de papel, una silueta con tutú, producida a puro pliegue, sin cortes, se pretendía articulada de brazos y piernas, aunque la confección defectuosa, embarazada por olvidos y pentimentos, y el papel inadecuado por exceso de delgadez, la volvían un pelele blando. Aun así, su figura fue reconocida; en un gesto espontáneo que arrancó sonrisas a los que contemplaban la escena de cerca y de lejos, la acunó en brazos cantándole "noni-noni", y así la llevó entre las mesas hasta la que ocupaban su madre y la amiga de ésta. El anciano quedó impregnado de dulzura, pero el éxito que había tenido su creación debió de ser sospechado, en parte por demagógico y fácil en su sexismo primitivo (una muñeca para las niñas, una pelota para los varones), en parte por el escaso honor que semejante harapo de papel le hacía al venerable arte del plegado figurativo. En una mesa ocupada por un hombre maduro y dos jóvenes, varón y mujer, ya se estaba preparando la réplica. No daba la edad para que fueran un padre con sus hijos; parecían más bien un profesor con sus alumnos, o un patrón y sus dos jóvenes empleados; tenían la mesa cubierta de papeles, que podían ser apuntes, o planillas, remitos, facturas, o *prints* de computadora, pero ahora prestaban atención a la delgada servilleta de papel en la que se afanaba el joven, bajo la mirada de la chica y la del hombre, que hacía observaciones con solvencia, marcando con gestos su autoridad, más por edad que por *know-how*, porque era evidente que el que sabía era el chico. En las manos de éste el rectángulo de papel, a fuerza de pliegues y despliegues, se volvió una gallina, redonda en su forma maternal, con una media luna de crestas plumosas triangulares por cola y la cabeza erguida con el pico abierto. Un alegre cocorocó de su creador atrajo a la niñita, que a su vez atraía

las miradas dispersas del café, curiosas de la nueva dispensa que, en la amplitud de posibles que ofrecía la materia, podía ser cualquier cosa. La muñequita ya estaba por el piso, lo que hacía perentorio renovar esta diversión improvisada; claro que la suerte de la anterior hacía prever la de la siguiente, y se planteaba, siquiera como especulación, si no sería trabajo perdido. Aun sin necesidad de enunciar lo de "nada se pierde, todo se transforma", reinaba repentinamente un clima de ganancia, no de pérdida. Se aceptaba como natural, y hasta como euforizante, el consumo rápido que hacía la chicuela de las novedades. Así debería ser con todo, estaban filosofando algunos: tomar y perder, gozar y dejar ir. Todo pasa, y es por eso que estamos aquí. La eternidad, o sus simulacros más o menos logrados, no pertenecen a la vida. A la niña, que era vida en estado puro, la gallina la llenó de gozo, y le sirvió de justificativo para renovar sus carreras, llevándola en alto como si hiciera volar un pájaro, o más bien una mariposa, por las sacudidas imprevistas que le imprimían sus pasos de principiante, siempre al borde de la caída, siempre evitándola. Por lo visto no tomaba en cuenta el hecho de que las gallinas no volaban, o no lo hacían de ese modo. La zoología de los niños es simple, acumula en una misma figura animal especies, geografías y épocas; y hasta el día y la noche, porque la gallinita voladora volaba también como un murciélago, y la ambigüedad propia de toda figura de bulto podría haber habilitado en esta ocasión al murciélago, si no hubiera estado demasiado fuera de lugar en las manos del candor; a propósito de lo cual, el color conspiraba asimismo: el blanco de las servilletas de papel era irreversible. Como sea, tanto vuelo, y la presión errática de los deditos rosados, se hicieron sobremanera destructivos: el círculo de la gallina se volvía pirámide en ruinas, los triángulos orgullosos de la cola perdieron la alineación, y para cuando su pequeño piloto de pruebas se acordó de ir a mostrársela a la mamá (ceremonia a la que parecía darle el peso de una certificación) ya era un guiñapo. Pero estaba visto que se lo perdonaban todo, y además querían seguir dándole el gusto. Dos muchachas que charlaban animadamente y que hasta ese momento no habían parecido estar prestando atención a lo que ocurría agitaron algo blanco, que atrajo a la interesada como el

trapo rojo al toro: era un payaso formado con habilísimos pliegues en la servilletita de papel. De modo que la desatención a las correrías de la niña se debía, podría deducirse, a la atención que prestaban a la pequeña obra. Esta era de fuste, un salto cualitativo respecto de lo visto hasta entonces: el payaso lucía sombrero redondo, una protuberancia desmesurada en el medio del círculo que hacía de cara, representando la nariz de goma, levitón de faldones colgantes, pantalones abolsados, y los típicos zapatos largos hasta la casa del vecino. Ni a la que ahora se lo estaba ofreciendo a la ávida receptora, ni a su compañera de mesa, se les habría dado crédito de la capacidad para semejante proeza, por el aspecto de chicas inútiles, sólo aptas para la charla vacía (que era lo que estaban practicando, al menos vistas desde fuera del radio de audición). La única explicación que conjugaba los opuestos era que fueran, o que lo fuera una de ellas, maestra jardinera, y entre las materias que hubiera debido cursar para ejercer la profesión estuviera (ya como obligatoria, ya como optativa) este tipo de construcciones en papel. ¡Un payaso! El mejor amigo de los niños, el que los acompañaba cuando ellos cerraban los ojos en sus camitas, y tan fieles eran que no los abandonaban ni en sus peores pesadillas; al contrario, ahí tomaban el papel protagónico, para que otros, los monstruos por ejemplo, no lo hicieran. De su contacto onírico con los monstruos este payasito inofensivo de un papel que se rompía con sólo mirarlo había retenido algo. ¿Qué? Se lo sentía de modo subliminal, y así se lo siguió sintiendo, porque el movimiento que le imprimió su dueña, las carreras, las presentaciones precipitadas, impidieron una observación en detalle. De lo que se trataba en realidad era que el payasito de papel tenía una mancha. Su blanco no era inmaculado como el de las figuras anteriores. Era una mancha poco notable, apenas un roce de un marrón sucio, formando un dibujo informe, que además cruzaba, debido a los pliegues, partes incompatibles del cuerpo. Un rastro de café, frotado de los labios de una de las chicas que habían hecho el payaso. O sea que lo habían hecho con una servilleta usada. Eso era extraño. ¿Qué explicación tenía que una labor delicada y difícil se hiciera con un material fallado de origen, disponiendo de otro bueno? Quizás habían empezado a

plegar, por prueba (¿se podrá hacer con esta clase de papel?, ¿con un papel de este tamaño?) con la servilletita más a mano, y una vez comprobado, ya el trabajo estaba lo bastante avanzado como para no justificar sacar una servilleta nueva y empezar de cero. Si eran realmente maestras jardineras, como lo indicaba su aspecto, su voz chillona, sus teñidos, la improvisación, llenar las expectativas infantiles con lo primero a mano, eran rutina. Aquí sería hora de decir una palabra sobre las servilletas que estaban sirviendo para fabricar los regalos a la niña. No había café en Buenos Aires que no tuviera en cada mesa un servilletero bien provisto. Con el tiempo las clásicas servilletas rectangulares, alargadas, en el también clásico servilletero de lata con resorte para mantenerlas arriba, habían sido remplazadas por otras cuadradas, de papel un poco más resistente, y con el nombre, logo y dirección del café impreso en ellas. (También las había triangulares, pero eran más raras.) Y el servilletero era alguna especie de soporte de acrílico o madera. El café donde tenían lugar los hechos aquí relatados no se había modernizado en este aspecto: conservaba el viejo sistema del servilletero de lata con sus servilletitas alargadas, con dos dobleces, sostenidas desde abajo por una placa metálica con un resorte, sistema a esa altura de la historia de la ciudad ya relegado a establecimientos de ínfima categoría. Era una excepción, y una excepción llamativa, ya que se trataba de un café recientemente remodelado, con pretensiones de elegancia y modernidad. O bien los dueños, que disponían de una buena cantidad de viejos servilleteros en buen estado, habían querido ahorrarse el gasto extra de comprar nuevos, o bien, más probablemente, no lo pensaron y el detalle se les escapó. Las dos alternativas no eran excluyentes, y se les agregaba, sin excluirlas, una tercera que las incluía: que consideraran mejores los viejos servilleteros, mejores no sólo en términos prácticos sino por ese vago cariño inconsciente que suscitaban los objetos con los que se había convivido mucho tiempo, o siempre. Las remodelaciones de los viejos cafés, necesarias para mantener la clientela afectada por la renovación generacional, y la emulación con los nuevos cafés, contribuían a la perenne transformación de la ciudad y la anulación consiguiente de los recuerdos. Conservar algo dentro del

cambio era un reflejo de supervivencia o continuidad, que se practicaba en lo más pequeño para que irradiara sobre el todo. Pero en este caso había algo más, y era que este gran café remodelado se encontraba en un punto de una invisible frontera urbana; de un lado la zona comercial del barrio, y cerca de sus cines, del otro un área de población transeúnte de índole popular, como que a escasos doscientos metros estaba la estación Flores del ferrocarril, medio de transporte de los obreros y personal de servicio que volvía a sus domicilios en los suburbios humildes del Oeste. Los viejos servilleteros de lata hacían de punto de anclaje no sólo del presente y el pasado sino también de los estratos sociales coexistentes; dos aspectos que tampoco eran excluyentes, ya que la pobreza era una cosa del pasado. De cualquier modo, la división de la población de una ciudad en clases socioeconómicas era una grosera simplificación, ya que cada persona tenía su estrato propio, y había tantos como individuos. Uno de ellos, un señor de gran prestancia sartoril, aspecto de ejecutivo, estaba sentado a una de las mesas sobre la que había abierto carpetas de negocios, en cuyas páginas puntuaba y anotaba con un elegante bolígrafo, el celular entre los papeles, el portafolios abierto en la silla de al lado; debía de estar preparándose para una importante reunión, absorto en sus números y argumentos, pero no tanto a juzgar por lo que pasó entonces. Con un gesto maquinal, sin mirar, arrancó una servilletita de la caja metálica. Fue un movimiento que hablaba de una larga familiaridad con el implemento (la sacó de un limpio chasquido del pulgar y el índice, sin arrugarla en lo más mínimo), y por ende una vida de cafés: quizás había sido corredor, o visitador médico, o vendedor ambulante, de los que hacían un alto en el café que quedaba a la mitad de su recorrido cotidiano para descansar los pies y hacer las cuentas; si era así, había progresado, y como en todo progreso, y como la función más propia del progreso, conservaba los tics del mundo que se abandonaba. Había dejado de lado el bolígrafo, ya no leía sus documentos, y en los escasos segundos que le llevó a la niña destrozar, sin intención, el payasito, armó con inteligentes pliegues el próximo regalo. Éste fue, ¡sorpresa!, un pocillo de café con su platito. Constituía un salto cualitativo respecto de los

plegados hechos hasta ese momento; y como entre éstos ya se había producido un salto cualitativo, éste era un salto cualitativo respecto del salto cualitativo. En su simplicidad de Bauhaus era simplemente perfecto, y un alarde de virtuosismo por sus líneas curvas, logradas sin violentar la regla básica de crear las formas con el exclusivo recurso de plegar y desplegar. Otro alarde era el de haber podido hacer en una pieza lo que en el objeto real eran dos: pocillo y platito, aquí indisolublemente unidos por el papel. La niñita, que aún no había aprendido la timidez, acudió feliz, sin necesidad de que la llamaran, a este nuevo don de homenaje a su gracia y belleza. Otro exvoto a su inocencia. Lo tomó con sus manitos torpes, y con risas triunfales corrió a mostrárselo a su mamá, salvo que esta vez se detuvo en cada mesa que había en el camino, y lo posaba, en lo posible junto a un pocillo de verdad, estirándose, en puntas de pie, para llegar, y que todos vieran el parecido. Debía de haber parroquianos, muchos, seguramente todos, que podían apreciar en todo su mérito y dificultad la pieza; ella no, para ella era tan natural y dado como una flor o una piedra, era algo que le había dado un señor amable en señal de admiración; ella no necesitaba admirar. Cuando llegó a la madre, el pocillo ya estaba a medio camino de revertir a servilleta. La madre seguía charlando con su amiga, y le prestaba una atención apenas maquinal a la hija. Inmediatamente después de la primera figurita, del primer caso de lo que empezaba a parecer una serie infinita, se había desentendido, como suelen hacerlo los adultos de los juegos de los niños con los que conviven. Nadie sale perdiendo, porque los niños a partir de ese momento entran en una dimensión propia, hecha de repeticiones e intensidades. Algo de esto había sucedido en el café. La niña había alcanzado una invisibilidad en la que se movía como pez en el agua. El movimiento del café seguía normalmente, los mozos, en número de seis, cada uno en el área de mesas que le correspondía, circulaban con bandejas, tomaban pedidos, servían, cobraban, la clientela se renovaba, entraban, salían, se saludaban, se despedían, el que llegaba retrasado a la cita se disculpaba echándole la culpa al tránsito. Y hasta los que le hacían a la niñita la ofrenda de la famosa servilleta plegada, una vez que la habían hecho se desentendían y

seguían en lo suyo. Pero la serie, si es que era una serie, no se interrumpía, como si el carácter exigente de la infancia prevaleciera sobre el fluir del tiempo común. Una señora pelirroja (teñida) que tomaba un té, vestida con un equipo de gimnasia violeta y amarillo, atrajo a la niña con una sonrisa y le entregó la construcción que había hecho con una servilletita. Se trataba esta vez de una creación magistral, de concurso, que hacía avanzar el salto cualitativo a un nuevo escalón de sí mismo. Era un ramo de flores, abundante en mínimas rosas, calas, gladíolos, margaritas, claveles, un crisantemo coronándolo y helechos de relleno. Todo brotado de media docena de dobleces secretos en la miserable servilletita, y un ahuecado con pericia al desplegarlos. Las flores, casi microscópicas en sus detalles, eran todas reconocibles; lo único que les faltaba eran los colores, el blanco del papel las afantasmaba. Las necesidades del salto cualitativo, si bien éste en sí no era necesario pues a la niña no le interesaba más que la prosecución, sin *crescendos* ni *decrescendos*, llevaban a la sutileza, y en razón de ésta había que mirar dos veces, o tres, el ramo, para discernir las flores, de otro modo se lo veía apenas como un bollo de papel arrugado. Esa escalada era inevitable; en otro registro, el de los regalos de cumpleaños o de bodas, o el de las ofrendas a una deidad benévola, los objetos del don podían tomar el camino sutil, y al llegar a la cima haber tomado la apariencia y consistencia de una fruslería, o de nada. Era entonces cuando se decía, con una sonrisa condescendiente: “Lo que cuenta es la intención”. Y realmente contaba, tanto que había desaparecido en el regalo, como una cantidad inferior, por ejemplo el 843, había desaparecido dentro de una superior, la 1000, y en ésta quedaba escondida y era dificilísimo encontrarla, tan difícil como acertar a la lotería. Blandiendo el ramo de flores de papel la niña partió haciendo volteretas de abeja, como si en una lengua cifrada les estuviera transmitiendo a todas las niñas del mundo la dirección del jardín. El natural efímero de las flores se acentuó en sus manos: no había terminado de pasar el mensaje cuando ya el delicado ramillete, sujeto a los vaivenes locos de sus saltos, se había vuelto informe. Si había alguien que lamentaba la destrucción acelerada de estos juguetes pasajeros, no era ella.

Estaba montada en la sucesión de las novedades, que por serlo estaban, a su vez, montadas en el tiempo, del que se desprendían como chispas la velocidad, en una dirección, y lo imprevisible en otra. El ramo difunto quedó en el suelo, donde lo pisaría un sinnúmero de zapatos, mientras ella reclamaba, con su sonrisa encantadora, lo que ya le estaban dando desde una mesa ocupada por cuatro hombres, jóvenes pero no tanto, "jóvenes todavía", rockeros o motoqueros, uno de los cuales había plegado y replegado una servilleta de papel para hacer (quién sabe dónde y cómo lo había aprendido) una trémula réplica miniatura del museo Guggenheim de Bilbao, todos sus audaces planos entrelazados sin que faltara uno solo. Gorjeos, risas, chillidos de bestezuela contenta por parte de la receptora: le había encantado, aun sin saber qué era, y quizás, seguramente, por eso mismo. Los niños tenían una relación muy particular de amor por lo incomprensible; era tanto lo que ignoraban, en la tierna edad, que no tenían más remedio que amarlo, amarlo a oscuras, como enigma, y también como mundo. Aprendían con ello lo que era el amor. Dibujaba en hueco la forma de sus vidas, anunciaba la maravillosa variedad de las formas. Los objetos incomprensibles eran la cifra de la palabra incomprensible; por eso les gustaba tanto esa palabra, promesa de un objeto que sería preciso abrir, y entrar en él. En esa correspondencia vivían, provisoriamente. Con la flexibilidad de la imaginación que le daba la edad, la niña entraba al museo, se paseaba por sus salas entre las obras de arte contemporáneo, esas obras supremamente extrañas que eran, para los no iniciados, el reino de lo incomprensible. Objetos gratuitos, complicaciones excesivas, se entregaban invirtiéndose a la inocencia. Pero tan liviano era el papel casi transparente de la servilletita con el que estaba hecho, tan momentáneo el equilibrio de sus tensiones constructivas, que ya se deshacía bajo la presión torpe de los deditos, sus prestigiosos planos curvos se replegaban con una plasticidad que ningún arquitecto, Frank Gehry menos que cualquier otro, habría previsto. En el espacio abstracto de un punto geométrico se acumulaban el plegar, el replegar, y el desplegar. Una pregunta legítima se formulaba sola en este punto, a saber, cómo era posible que tanta gente, reunida casualmente a

esa hora de la tarde en un café cualquiera de la multitudinaria superficie de la ciudad, coincidiera en dominar el arte del plegado del papel, y que lo hicieran con tanta propiedad. ¿Casualidad cuasi milagrosa? ¿Conspiración sin objeto? ¿Inspiración del momento? Hacer figuras reconocibles plegando papeles no era algo cuyo dominio exigiera largos estudios ni viajes de especialización al lejano Oriente. Lo que sí habría merecido una genuina mueca de asombro habría sido que en un café, a una hora cualquiera, hubieran coincidido sin saberlo, sentados solos, en parejas o pequeños grupos en todas las mesas, veinte podólogos, o veinte sociolingüistas, que no se conocieran entre sí y hubieran entrado en ese café a esa hora por veinte motivos diferentes. El plegado figurativo de papeles era, hasta cierto punto, una actividad con algo de natural y espontánea; pero sólo hasta cierto punto, el punto de partida, el del barquito o el avioncito. Salvo que entre los trabajos del ocio, por una inercia de profundización, y esos excesos de tiempo que suelen darse en retrospectiva, se hubiera producido una escalada de transformaciones. Y ahí, justamente, despuntaba la solución. La respuesta a la pregunta de marras, efectivamente, no podía estar en una comparación o interpolación con otras actividades, ni en la reunión casual de cosas o gentes. Estaba en la razón de ser de la actividad del plegado, que era originalmente el plegado de las coordenadas espaciotemporales en las que se producían las coincidencias. Estas, las coincidencias, daban lugar a muchos malentendidos y polémicas, en las que nadie terminaba de ponerse de acuerdo. ¿Eran coincidencias, o eran la realidad? Dos pensamientos incompatibles chocaban aquí: el estadístico y el histórico. La figura representativa hecha plegando un papel debió de nacer por primera vez cuando alguien descubrió que un papel, por más esfuerzos que se hagan (y por grande o delgado que sea el papel) no puede doblarse sobre sí mismo más de nueve veces. Ante ese límite, lo que era sólo un papel plegándose floreció en algo que se parecía a algo del mundo. Es decir, el trabajo de plegar rebotó en la muralla de lo incomprensible y se abrió en lo figurativo. El descubrimiento de ese limite de las nueve veces había tenido lugar en una legendaria antigüedad de los orígenes. Había que pensar en el alba de la

Humanidad, no podía ser menos tratándose de un absoluto matemático. Pero sucedía que el papel se había inventado en un momento tardío de la Historia, antes del cual el papel tampoco podía doblarse más de nueve veces, pero sin papel. El modo en que esto afectaba a la Humanidad era lo que hacía que las ingeniosas y divertidas figuras logradas mediante el plegado estuvieran, para usar la expresión corriente, "al alcance de todos". Disipada entonces la duda, la serie seguía, alzando el vuelo por encima de lo simple y lo trillado. Así fue que el siguiente regalo que recibió la niña, de manos de un señor bajito con un impresionante jopo negro peinado con brillantina, que comía un sándwich acompañado de una cerveza, llevaba las posibilidades de una servilletita de papel a su más elaborada expresión. Se trataba de un barco, como había sido el primero, pero en este caso no un barco esquemático sino un elegante velero embanderado, y una extensión de los plegados había hecho bajo su quilla la superficie ondulada del agua de un río, y las orillas de éste a los dos costados, y en las orillas casas, tiendas, una iglesia, jardines, y gente que apiñada en las calles costaneras saludaba el paso de la embarcación. En ésta la marinería se ocupaba de las maniobras de navegación mientras el pasaje admiraba la vista y devolvía los saludos de los locales. Se trataba de un conglomerado de personajes de obvia importancia, en atuendos dieciochescos, pelucas, armiños, galones, y entre ellos se destacaba, majestuosa, la rotunda figura de una reina, "*bigger than reality*", obviamente al mando. Un tanto apartado del grupo, un hombre, tan destacado como la reina, apuesto y dominante en su traje de militar cortesano, el sombrero emplumado, la capa de pieles, la espada pendiente de la cintura. Un pliegue casi microscópico de la torturada servilletita que había servido para construir el panorama indicaba que era tuerto. El detalle bastaba para identificarlo, y para situar la escena. Porque en efecto, se trataba de la ilustración de un hecho histórico muy preciso. En 1786 Potemkin, príncipe de Tauris, favorito de la emperatriz Catalina, llamada la Grande, había completado la conquista y pacificación de la Crimea, y organizó en la primavera del año siguiente una visita de la soberana a la península y la Ucrania anexadas a su reino. El viaje

se hizo en gran estilo, con toda la corte, el cuerpo diplomático en pleno, y centenares de criados, cocineros, músicos, actores, teatro y salones portátiles, bibliotecas y mascotas. Cada etapa del trayecto se celebraba con grandes fiestas en castillos al paso, con la asistencia de la nobleza y los notables locales. En Kiev quedaron coches, berlinas, carros y trineos, y el viaje siguió por agua: ochenta navíos lujosamente aparejados comenzaron a surcar el Dniéper, y éste era el momento que había fijado la servilletita: la emperatriz en la galera insignia, los embajadores de todas las potencias europeas rodeándola, y Potemkin en la proa controlando que el gran espectáculo que había montado se desarrollara según lo planeado. (Había perdido un ojo en una riña con los hermanos Ostrov, también amantes de Catalina.) Pues todo era creación suya: las prósperas ciudades que veían en las riberas las había creado él entre gallos y medianoche para lucirlas ante los viajeros, los ganados gordos y abundantes habían sido traídos especialmente, los campesinos satisfechos que vivaban a la zarina eran extras cuidadosamente instruidos. En los informes diplomáticos que se enviaron después a distintas cortes quedó claro que ninguno de los embajadores creyó del todo en la comedia, pero ninguno dejó de admirar la industriosidad del favorito al crear de la nada, en unos pocos meses, todo un país de cartón pintado. De la legendaria zarina a la niñita encantadora se había dado un salto que atravesaba todas las representaciones. El minúsculo diorama, tratado con displicencia regia, comenzó a desplegarse no bien lo tocó, y al llegar a la mesa de la madre, después de dar toda clase de vueltas innecesarias y rodeos vagabundos luciendo su nuevo tesoro, la destrucción era casi completa: la reina se hundía en las ondas del río, los cortesanos y embajadores se desplomaban unos sobre otros en una orgía involuntaria, Potemkin estaba parado de cabeza sobre el campanario de una iglesia, y el barco parecía una bicicleta. La ruina, que volvía a ser una servilletita arrugada, se hundió en un charco de Coca Cola y la niña ya corría al otro extremo del café. Un joven de anteojos había dejado por un momento de lado su *netbook* para plegarse él también al juego del plegado, y le estaba ofreciendo un Pensador de Rodin de papel, si es que merecía el

nombre de papel la materia casi impalpable de las baratas servilletas extraídas de su cajuela de lata. Fue saludado con los trinos y risas con que ella recibía todo, aunque era el juguete menos adecuado para una criatura de su edad. Probablemente el joven que lo había hecho no había aprendido a hacer otra cosa plegando papel. O quizás había hecho otras cosas, pero ésta había sido la que le salió mejor, y en adelante fue la única que hizo. O bien, como lo indicaba su uso de la computadora, estaba comprometido con el ahorro de papel y consiguiente población de los bosques del planeta. Si había hecho una excepción en este momento era por la emulación, por no quedarse atrás en la carrera en la que estaba participando todo el café, y porque además ahorrar una minúscula servilleta del papel más liviano habría sido una patente exageración de fanático, de las que desacreditan una buena causa. Pero había algo más, que tenía que ver con el Pensador, justamente. El único ahorro de papel que tenía sentido era el que se hacía con el trabajo mental, con la concentración (que la obra maestra de Rodin tan bien representaba) capaz de quemar etapas de razonamiento, sin el exorbitante gasto de papel en esos borradores que eran las obras de todos los filósofos. Ajena a filosofias y concentraciones, la niña reconoció sólo la figura humana, y lo acunó en sus brazos cantándole un simplificado arrorró, entre las sonrisas de las mesas por las que pasaba. En esas sonrisas podía haber, y casi con seguridad había, un elemento revanchista, de parte de quienes *in pectore* habían censurado lo inadecuado del don, producto de un exhibicionismo cultural desubicado en ese ambiente. El siguiente plegado que le hicieron a la niña (se lo hizo un cura en un entreacto de la discusión que sostenía en una mesa con dos contratistas de la ampliación del comedor comunitario de la parroquia) pareció hecho adrede para confrontar con la anterior inadecuación. Lo hacía mediante su clara proveniencia de la zoología infantil, de ilustración de cuento, y hasta su calidad de juguete móvil. Sin apartarse del material obligado (la servilletita de papel), el cura, mediante una decena de hábiles pliegues, había compuesto un canguro. En realidad una mamá canguro, pues del pliegue ventral salía la cabeza de un cangurito bebé. Antes de entregárselo le dio las instrucciones, que

eran una sola y muy simple y no necesitaba de palabras sino de una demostración práctica: tirando de la cola larga y curvada de la cangura el cangurito en la bolsa se asomaba y volvía a ocultarse. La mano blanca del cura no debía de ser la primera vez que tiraba de la cola del canguro; la aparición tímida del hijito encantó a la niña, que salió corriendo de inmediato a mostrárselo a la madre. El origen sacerdotal del ingenioso plegado se perdió en el trayecto, al tiempo que el mecanismo, tan frágil, se descomponía por los tirones torpes de su dueña. ¿Pero no había ahí una alusión a una Maternidad superior, al Niño que aparecía y desaparecía en los bordes milagrosos del mundo? Ese cura había practicado con las hostias, tan parecidas en textura y liviandad a la servilletita. En realidad nadie sabía qué aspecto tenía una hostia antes de que llegara a la ceremonia de la que era protagonista. Muchas leyendas rodeaban su origen. Por ejemplo la leyenda del décimo pliegue. No hubo tiempo de reparar la cola palanca, porque la madre se había puesto de pie, igual que su amiga, y buscaba a la niña con la vista (no se daba cuenta de que la tenía al lado) y la tomaba de la mano para irse. De pronto estaba apuradísima: tanta charla, tanto tenían que decirse, que el tiempo había volado y le cerraban la peluquería. A último momento la niñita le soltó la mano y corrió unos pasos a tomar algo que le tendían. La madre, que la llamó con impaciencia sosteniendo abierta la puerta del café, sólo cuando estaban en la vereda vio que su hija traía un poliedro armado plegando una servilletita de papel.

13 de junio de 2011

CÉSAR AIRA

Nació en la ciudad argentina de Coronel Pringles el 23 de febrero de 1949.

Para los no iniciados en su literatura ingeniosa, de mecanismos surreales e imposible de encasillar, baste mencionar que es autor de un centenar de obras de ficción y no ficción en donde predominan las novelas cortas.

Traducido a múltiples idiomas y publicado en español por una veintena de reconocidas editoriales —entre las que se cuentan Penguin Random House, Anagrama, Blatt & Ríos, Brevedad y Ediciones Era—, Aira ha sido merecedor de los premios Fomentor de las Letras (2021) y Roger Caillois (2014).

Es también un consumado traductor, profesor universitario y editor.